

El juicio del mundo y la expulsión del diablo

Entresacado del libro

*«Elevaciones sobre la vida y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo»,
de Monseñor Charles Gay: **Elevación 64.***

¡Dulce Señor mío! Ante las muchedumbres, y mirando de frente tu dolorosa Pasión, próxima en cuanto al tiempo pero consumada ya en tu corazón, dijiste las siguientes palabras: «*Ahora es el juicio del mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera*» (Jn. 12 31).

1º Juicio del mundo por la Pasión de Cristo.

1º Con estas palabras, «*ahora es el juicio del mundo*», ¿querías decir que el mundo, a punto de cometer el mayor crimen de la historia, manifestaría definitivamente toda la medida y amplitud de su malicia? ¿que, al ver salir de sus entrañas un tal fruto, conoceríamos nosotros, sin tener ya la menor duda, el espíritu execrable que lo anima, y que pillándolo, por así decir, con las manos en la masa, podríamos juzgarlo equitativamente, y concebir por él el odio que se merece? ¿que, al mismo tiempo, y en lo más profundo de esta terrible oscuridad, tu luz brillaría con resplandor de mediodía? ¿que este colmo de perversidad diabólica y humana, que es tu crucifixión, pondría también el colmo a las pruebas de tu incomprensible amor? ¿y que, por consiguiente, a todos les sería fácil pronunciarse y elegir entre esta noche horrible y este día esplendoroso, entre esta malicia sin nombre y esta bondad ilimitada, entre el mundo y Tú, oh Jesús mío?

Sí, amado Salvador mío, todo eso querías decir; y para quien tenga el menor sentido común, y sobre todo la ciencia de tu cruz, es como imposible que esta declaración no se convierta en la fuente de un inmenso amor y de un inmenso odio: amor a Ti, odio al mundo. Sí, Dios mío, desde que el mundo te trata como vemos que lo hace, ya está juzgado, y juzgado sin apelación posible.

2º Pero ¿qué más significa que «*ahora es el juicio del mundo*»? ¿Era tu intención confirmar y aclarar con estas palabras lo que ya, y más de una vez, habías anunciado en tu Evangelio, a saber, que por haberte sujetado Tú al juicio inicuo

que te condenó y a todas sus consecuencias atroces, ibas a quedar establecido por Dios como Juez soberano y universal de vivos y muertos?

Así es también. Cierto es que, en virtud de tu filiación divina, se te debe todo honor y se te ha dado todo poder; pero, aun así, has querido añadir, a los derechos de tu origen divino, los de tus méritos adquiridos, comprando, al precio de tus humillaciones, la gloria de elevar tu bendita humanidad a la altura de tu Padre celestial, y de sentarla a su diestra. Esta diestra divina, que primeramente era para ti un trono, se convirtió de este modo en un verdadero tribunal; y como tu jurisdicción se extiende a todas las cosas, no hay nada en la creación que tu ojo no pueda discernir y que tu mano no pueda alcanzar. En resumen, es un decreto de Dios y, desde entonces, una necesidad, que todos los hombres, sin ninguna excepción, comparezcan ante Ti (II Cor. 5 10), y que, reconociendo en Ti, de buena o mala gana, a su verdadero Juez, reciban de tus sagrados labios el juicio que fija su estado definitivo y eterno. ¿Verdad que es este, mi adorado Maestro, el significado íntimo de estas palabras: «*Ahora es el juicio del mundo*»? Como diciendo: Vosotros estáis a punto de aplastarme, pero Dios me exalta; Yo voy a ser pisoteado bajo vuestros pies, pero de vuestras cabezas haré Yo el escabel de los míos (Sal. 109 1); mi derrota será mi triunfo, y sobre nadie triunfaré tanto como sobre los que aparentemente me hayan derrotado.

3º ¿Qué más quiere decir, divino Doctor mío, que «*ahora es el juicio del mundo*»? Quiere decir, si bien lo entiendo, que, gracias a tu sacrificio, pronto estarías en condiciones de enviarnos el Espíritu Santo, el cual otorgaría a tu Iglesia, en plenitud y para siempre, la libertad y el poder de ejercer esta judicatura de la cual Tú mismo quisiste investirla en tus días mortales. De esto mismo hablabas cuando decías a tus discípulos que el Espíritu Santo, cuando viniere, argüiría al mundo sobre tres grandes cargos de acusación, y que, después de mostrarlo culpable en cada uno de ellos sin réplica posible, lo condenaría irremisiblemente: «*El argüirá al mundo y lo condenará en lo tocante al pecado, a la justicia y al juicio*» (Jn. 16 8).

Ante todo, «*en lo tocante al pecado*» que cometió contra Ti, y ello tan obstinadamente, y tantas veces, y con tanto escándalo, furia y cinismo, llevando la impiedad y la maldad hasta el exceso inaudito de matarte.

Luego, «*en lo tocante a la justicia*»: justicia que Tú le propusiste y predicaste, tanto con palabras como con ejemplos, y con tanta gracia, dulzura, fortaleza y bondad misericordiosa; justicia que no sólo le propusiste y predicaste, sino que además le mereciste, y que él rechazó a sabiendas y obstinadamente, cerrándole los ojos y apartándola con ambas manos, dado que, por sus prejuicios, le había cerrado el corazón.

Finalmente, «*en lo tocante al juicio*», que tan solemnemente le anunciaste, y cuyos espantosos preludios, que aún siguen estando más o menos presentes ante nuestros ojos, no determinaron a los mundanos a desarmar a su Juez mediante un acto de arrepentimiento; de modo que, después de desafiar al amor, siguen resistiendo aun al miedo.

Tal era, pues, el triple juicio que la Iglesia debía entablar contra el mundo. Pero sólo podía hacerlo en nombre y por la gracia del Espíritu Santo.

2º Cómo el Espíritu Santo ejerce este juicio.

Para juzgar, en efecto, se necesitan tres cosas: la ley o derecho, la luz o ciencia, y la fuerza o autoridad; *la ley o derecho*, sin el cual no puede reunirse el tribunal ni evocar la causa; *la luz o ciencia*, sin la cual no se puede conocer la causa como conviene ni sancionarla con equidad; y *la fuerza o autoridad*, sin la cual no se puede ejecutar la sentencia, que es la conclusión indispensable y la utilidad de todo juicio. Ahora bien, al enviar tu Espíritu a la Iglesia, oh Salvador mío, Tú le otorgabas este triple bien.

1º Tu Espíritu es la unción infinita y el sello eterno; y, a este título, consagra, marca y constituye. Los jueces que El hace, o más bien que El termina de hacer (porque Tú mismo los elegiste y preparaste), estos jueces no administran la justicia en esta tierra a resultas de una delegación puramente externa, sino que están revestidos por dentro de un cierto carácter; su acción se basa en un estado. Tu Espíritu, oh Jesús, los pone en ese estado e imprime en ellos ese carácter augusto. «*El espiritual juzga todas las cosas*», dice San Pablo (I Cor. 2 15); y si las juzga, es precisamente porque es espiritual, esto es, porque (según el lenguaje constante de las Escrituras) ha recibido tu Espíritu. Si ha recibido este Espíritu sólo para su santificación personal, juzga internamente y en privado; pero si lo ha recibido en interés de todos y con vistas a un cargo público, juzga en el exterior y por oficio.

2º Tu Espíritu, que es la unción, es también la luz que te manifiesta a nuestros ojos, a Ti que eres la luz misma. «*El me glorificará*», nos dijiste (Jn. 16 14). También bajo este aspecto, El ayuda a la Iglesia a juzgar bien, pero tan bien y con tanta seguridad, que sus juicios son infalibles.

3º Finalmente, El es la fortaleza, y se lo llama «*la virtud del Altísimo*» (Lc. 1 35). Si el Verbo es una espada (Hebr. 4 12), y el Padre es la empuñadura, el Espíritu es el filo y la punta. La Escritura nos enseña también que este Espíritu es un soplo. Este soplo, que es una brisa para algunos, es un torbellino para otros: acaricia y refresca a quienes halla inocentes, pero derriba, arrastra y precipita a los culpables.

En este Espíritu irrecusable y todopoderoso la Iglesia juzga al mundo, dando preludio al juicio solemne que Tú mismo harás al final de los tiempos. «*Ahora es*», pues, oh Salvador mío, «*el juicio del mundo*»; «*ahora*», a partir de tu Pasión sangrienta, que es la que va a abrir paso a las efusiones de este Espíritu del que está llena toda la tierra (Sab. 1 7).

3º Expulsión del diablo, príncipe de este mundo.

«*Y su príncipe* –añades– *será expulsado fuera*». Se trata sólo de un comienzo: ya que este «*fuera*» de que nos hablas es el infierno, y antes de que el diablo,

con sus ángeles y sus tristes conquistas, sea arrojado y encerrado allí para siempre, debe concluirse el curso de los siglos. Pero lo que entonces se consumará, ya empieza a realizarse ahora, y aunque no lo parezca, el demonio está siendo expulsado de entre nosotros. La Iglesia combate en todas partes contra Satanás, divinamente armada para presentarle batalla y segura de vencerlo, cualquiera que sea el modo como lo logre. Lo expulsa por su doctrina, sus sacramentos, sus sacramentales, sus indulgencias; lo expulsa por la acción de su jerarquía, por su culto, su oración, sus leyes, sus instituciones, sus buenas obras, su progreso incesante aunque a menudo oculto; lo expulsa en fin por la influencia universal e irresistible de su vida santa y divina. Ella misma es el reino de Dios que se desarrolla en la tierra; el cielo, que todo lo ve, contempla cómo este reino se consolida y extiende de hora en hora. ¿Acaso hay un día en que, desde el seno de la Iglesia militante, no suba algún elegido a la triunfante? Ahora bien, cada elegido es una pérdida para Satanás; y de todo lo que él pierde es expulsado. A decir verdad, sus mismas victorias no lo enriquecen: privado para siempre de Dios como está, su indigencia es eterna; las mismas presas que logra, además de suponer para él un acrecentamiento de pena, de vergüenza y de miseria, adelantan inexorablemente esa hora en que, colmándose las medidas (la del bien fuera de él y a pesar de él; la del mal, a través de él y en él), será arrojado, relegado y encadenado para siempre en su prisión de fuego, de lodo y de tinieblas, fuera de la Creación redimida y glorificada, y sin comunicación posible con ella.

Hasta entonces, es cierto, lucha paso a paso. ¡Y el hombre le ayuda tanto en su resistencia! En realidad el género humano, o al menos esta porción del género humano a la que las Escrituras llaman *mundo*, es la única fortaleza desde la cual puede el diablo, por un tiempo y en la medida en que Dios lo permita, enfrentarse contra la Iglesia: «*Vuestras almas –decía Tertuliano a los paganos– le sirven de campamento y de instrumento de guerra contra nosotros*». Sin embargo, es obvio que la Iglesia no deja de expulsarlo. Y si no logra expulsarlo totalmente del mundo (que sólo es mundo porque quiere permanecer bajo el yugo férreo de su tirano), al menos lo expulsa de sí misma. El atrio exterior del templo sigue aún invadido y contaminado, es verdad; pero el templo se va purificando, iluminando, santificando y dilatando continuamente. Es el efecto de tantas sentencias como ya pronuncia esta real Madre. ¿Qué no sabe, entiende, aclara, califica y juzga Ella? Quien la escucha y le cree, ¿de qué puede estar incierto en el orden de la apreciación, que regula el de la conducta: apreciación de las cosas, apreciación de las personas? Y cuando sus labios han dictado sentencia, su mano obra; o más bien, su sola palabra basta para romper las cadenas de nuestras almas; porque estas cadenas son tinieblas, y la palabra de la Iglesia es luz. Porque Ella dice la verdad, Ella hace la libertad. Toda conversión es una liberación, y por lo tanto supone la expulsión de quien mantiene esclavas a las almas.